

El capitán Rozi escribía: «Nos encontramos en un estado miserable, y existe un descontento general en el ejército: nunca el despotismo llegó al grado que hoy tiene: soldados ha habido que se han dado la muerte delante de su general en jefe, diciéndole: ¡Esta es tu obra!»

El nombre de Tallien cerrará la lista de estos nombres, hoy día desconocidos:

«Tallien es la señora Tallien.

»En cuanto a mí, querida amiga, estoy aquí, como ya sabes, contra mi voluntad; mi posición se hace cada día más insostenible, pues, separado de mi país, de todos los objetos que me son queridos, no puedo saber cuándo llegará el día de aproximarme a ellos.

»Te confieso ingenuamente que preferiría mil veces vivir contigo y con tu hija, retirado en cualquier rincón de la tierra, lejos de las pasiones y de las intrigas, y te aseguro que si tengo la dicha de volver a pisar el suelo de mi país, será para no dejarlo nunca. Entre los cuarenta mil franceses que estamos aquí no hay cuatro que piensen de diferente manera que yo.

»Nada hay más triste que la vida que pasamos; todo nos falta. Cinco días hace que no he cerrado los ojos; tengo el suelo por cama; las moscas, las chinches, las hormigas, los mosquitos, todos los insectos nos devoran; diariamente recuerdo nuestro retiro encantador: no te deshagas de él, querida amiga, te lo ruego.

»Adiós, mi buena Teresia, el llanto inunda mis ojos. Los dulces recuerdos de tu bondad, de nuestro amor, la esperanza de volver a encontrarte, amante y fiel, y de abrazar a mi querida hija, sostiene únicamente al desgraciado.»

Esta unanimidad de quejas es la exageración natural de hombres caídos de la altura de sus ilusiones: en todo tiempo los franceses han soñado con el Oriente; la Edad Media les había enseñado el camino; si no tenían fe suficiente para ser llevados a conquistar el Santo Sepulcro, tenían la audacia de los cruzados, la creencia de los reyes y de las bellezas que habían acumulado al lado de Godofredo los cronistas y los trovadores. Los vencedores de Italia habían visto un rico país que invadir, caravanas que saquear, caballos, armas y se-

rrollos que conquistar; los soñadores habían visto a la princesa de Antioquia, y los sabios unían sus sueños al entusiasmo de los poetas. Todo lo que se había dicho fué una indudable realidad, hasta que hizo su viaje Anténón: iban, pues, a penetrar en el misterioso Egipto, a descender a las catacumbas, a registrar las pirámides, a encontrar manuscritos ignorados, a descifrar geroglíficos y a despertar a Thermosiris. Cuando, en lugar de todo esto, el instituto desencantado en las Pirámides, y los soldados, no encontrando más que montañas desnudas y chozas de tierra, hubieron de luchar con la peste, con los beduinos y los mamelucos, el descontento se hizo general. Pero la injusticia del sufrimiento los cegó sobre el resultado final. Los franceses sentaron en Egipto las semillas de civilización que Mehemet cultivó después; la gloria de Bonaparte aumentó con aquella campaña; la claridad penetró en las tinieblas del islamismo, y la barbarie sufrió un gran descalabro.

Para prevenir las hostilidades de los bajás de Siria y perseguir algunos mamelucos, entró Bonaparte en aquella parte del mundo, a la que le había relegado el combate de Abukir: esto fué en 22 de febrero. Napoleón se engañaba; aquello no era sino uno de sus muchos sueños de poder. Más dichoso que Cambises, atravesó los arenales sin ser sorprendido por el viento del Mediodía; acampó en medio de las tumbas; asaltó el Arich, y triunfó en Gaza. «Nos hallá-bamos, escribe Bonaparte, el día 6 en las columnas colocadas en los límites del Africa y del Asia: por la noche dormimos en Asia.» Este gran hombre marchaba a la conquista del mundo.

Jaffa pasó a nuestro poder: después del asalto, una parte de la guarnición, que ascendía, según Bonaparte, a unos mil quinientos hombres, y, según otros, a tres mil, se rindió, y se la ofreció el perdón: dos días después mandó Bonaparte pasarla por las armas.

Walter Scott y sir Roberto Wilson refieren esta crueldad. Bonaparte, en Santa Elena, no ha tenido reparo alguno en confesarlo a lord Ebrington y al doctor O'Meara. Pero hacía recaer la culpa en las condiciones en que se encontraba entonces: *no podía dar de comer a los prisioneros; no podía tampoco enviarlos a Egipto bajo la custodia de una escolta.* ¿Los había de dejar en libertad bajo su

palabra? Ellos no podían ni aun comprender lo que era el honor ni estos usos europeos. «Wellington, en mi lugar—dice—, hubiera obrado como yo.»

Thiers dice: «Napoleón tuvo que decidirse a adoptar aquella terrible medida, que es el único acto de crueldad de su vida: mandó pasar a cuchillo a los prisioneros que le quedaban: el ejército llevó a cabo sumiso, pero con una especie de horror, aquella ejecución que se le había ordenado.»

El único acto de crueldad de su vida: mucho decir es eso, después de las matanzas de Tolón, y después de tantas campañas donde Bonaparte miró con la mayor indiferencia la vida de los hombres. Honroso es para Francia que nuestros soldados hayan protestado por una especie de horror contra la crueldad de su general.

Pero los asesinatos de Jaffa, ¿ponían en salvo a nuestro ejército? ¿No vió Napoleón con qué facilidad un puñado de franceses derrotó las fuerzas del bajá de Damasco? En Abukir, ¿no derrotó él con unos pocos caballos trece mil osmanlies? Kléber, más tarde, ¿no hizo desaparecer al gran visir y sus miriadas de mahometanos? Si se tratara de obrar en derecho, ¿qué derecho tenían los franceses para invadir el Egipto? ¿Por qué degollaron a unos hombres que no hacían más que usar del derecho de defensa? En fin, Bonaparte no podía invocar las leyes de la guerra, porque los prisioneros de Jaffa habían *depuerto las armas*, y su *sumisión había sido aceptada*. La acción que el conquistador se esforzaba por justificar, le agobiaba: este hecho falta o se halla vagamente indicado en los partes oficiales y en las narraciones que de él hacen los escritores afectos a Napoleón.

Berthier, compañero de él en Egipto, hallándose en el cuartel general de Ens, en Alemania, dirigió con fecha 5 de mayo de 1809 al comandante general del ejército austriaco una nota en la que pintaba su indignación contra unos pretendidos fusilamientos que se decían ejecutados en el Tirol, donde estaba de comandante Chasteller. «Ha dejado degollar (Chasteller) setecientos prisioneros franceses y mil ochocientos o mil novecientos bávaros: crimen inaudito en la historia de las naciones, que podría dar lugar a una represalia horrible, si S. M. no mirase a los prisioneros como colocados bajo su fe y bajo su honor.»

Bonaparte dice todo cuanto se puede decir, contra la ejecución de los prisioneros de Jaffa. ¿Qué le importaban semejantes contradicciones? El sabía la verdad, y se burlaba, haciendo de ella el mismo caso que de la mentira; sólo daba valor a los resultados, siéndole indiferentes todos los medios; le incomodaban los prisioneros, y los hizo matar.

Constantemente ha habido dos Bonapartes: el uno grande, y el otro pequeño; cuando se deja de ver al primero, aparece el segundo.

Miot, en la primera edición de sus *Memorias* (1804), pasa en silencio los asesinatos, que pueden verse en la edición de 1814. Esta edición ha desaparecido casi por completo, y yo he tenido que trabajar mucho para poderla encontrar. Para afirmar uno tan triste verdad, necesitaba nada menos que un testigo ocular. Una cosa es conocer en globo un acontecimiento, y otra conocerlo en sus más minuciosos detalles: la verdad moral de una acción no puede juzgarse sino en todas las particularidades que la acompañan: oigamos a Miot:

«El 20 de ventoso (10 de marzo), después del mediodía, los prisioneros de Jaffa se pusieron en movimiento, rodeados por las tropas del general Bon. Un sordo rumor que circulaba sobre la suerte que les estaba designada, me decidió, así como a otros muchos, a montar a caballo y a seguir la silenciosa columna de víctimas para asegurarme de la verdad de lo que me habían dicho. Los turcos, caminando en desorden, presentían su destino; pero no lloraban, ni se oía una sola queja; hallábanse resignados. Algunos heridos, que no podían seguir a sus compañeros, fueron muertos a bayonetazos en mitad del camino. Otros andaban de aquí para allí, y parecía se ocupaban en alguna tentativa para evitar un peligro tan inminente. Los más osados pensaban, quizás, que no era imposible abrirse paso por entre las tropas que les custodiaban, y que diseminados por el campo podrían algunos evitar la muerte que les aguardaba. Pero todo se había previsto, y los turcos no hicieron ninguna tentativa de evasión.

»Llegados por fin a los arenales que se extienden al Sudoeste de Jaffa, se detuvo la tropa al lado de un charco de agua amarillenta. En el mismo momento el comandante dividió en pequeñas porciones el grupo de prisioneros, y estos



pelotones, conducidos a diferentes puntos, fueron fusilados. Esta horrorosa operación ocupó bastante tiempo, a pesar del gran número de tropas destinadas a aquel sacrificio, y que, debo confesarlo, se prestaron con mucha repugnancia al abominable ministerio que se exigía de sus brazos victoriosos. Próximo al charco había un grupo de prisioneros, entre los cuales había algunos jefes ancianos, de noble y severo continente, y un joven que se hallaba temblando. En una edad tan tierna debía creerse inocente, y este sentimiento le indujo a una acción que pareció admirar en sumo grado a cuantos le rodeaban. Precipitose hacia el caballo que montaba el jefe de las tropas francesas; abrazose a las rodillas de este oficial, y pidiendo se le perdonase la vida, exclamó: «¿Qué delito he cometido? ¿Qué daño hice?» Pero aquellas lágrimas, aquellas dolorosas súplicas, fueron inútiles, y nada pudo cambiar la terrible sentencia dictada contra su vida. Los demás turcos hicieron tranquilamente su ablución en aquella agua estancada, y luego, cogiéndose unos a otros de la mano, después de haberla puesto sobre su corazón y su boca, fórmula de saludo que usan los musulmanes, daban y recibían un eterno adiós. Sus valerosas almas parecían que desafiaban a la muerte: se veía en su tranquilidad la confianza que les inspiraba en aquellos últimos momentos su religión y la esperanza de un dichoso porvenir. Parecía que se decían unos a otros: «Dejo el mundo para ir a gozar al lado de Mahoma de una felicidad imperecedera.» Esta felicidad que el Korán les prometía después de la vida, sostenía al musulmán vencido, pero orgulloso, en medio de su desgracia.

»Yo mismo vi a un respetable anciano, cuyas palabras y cuyos modales demostraban su elevada posición: yo mismo le vi... mandar ahondar delante de él, sobre la arena movediza, una sepultura bastante profunda para enterrarse vivo: no quiso morir sino en manos de los suyos. Extendióse de espaldas en aquella tumba tutelar y dolorosa, y sus compañeros, dirigiendo a Dios fervientes oraciones, le cubrieron de arena, pisoteando la tierra que le servía de paño mortuorio, sin duda con el fin de abreviar sus horribles padecimientos.

»Aquel espectáculo, cuya idea hace estremecer mi corazón, y que no pintan sino muy débilmente mis palabras, tuvo lugar en tanto que fusilaban los peloto-

nes diseminados. No quedaban ya más prisioneros que los que estaban junto al charco; los soldados habían ya dado fin a sus municiones, y era menester acabar con ellos a bayonetazos y a sablazos. Me fué imposible presenciar aquel horroroso suplicio, y huí de aquel sitio, pálido y próximo a desfallecer. Algunos oficiales me refirieron después que aquellos desgraciados, cediendo al instintivo movimiento de la naturaleza, que nos hace evitar la muerte, aunque no tengamos esperanza de salvación, se lanzaban unos debajo de otros, y recibían en los miembros los golpes dirigidos al corazón que debían terminar su triste vida. Se formó una horrible pirámide de muertos y moribundos, sangrienta y repugnante, y fué necesario separar de ella los cuerpos enteramente muertos para acabar con los desgraciados que, defendidos por aquella muralla espantosa, vivían aún. Este cuadro es tal como lo he pintado, y su memoria hace temblar mi mano, que no puede reproducirlo en todo su horror.»

No tardó el cielo en castigar la violación de los derechos de la humanidad enviando la peste; al principio hizo pocos estragos. Bourrienne deshace el error de los historiadores que pintan la escena de los *apestados de Jaffa* en el primer paso de los franceses por aquella ciudad, no habiendo tenido lugar hasta su vuelta de San Juan de Acre. Muchos individuos de nuestro ejército me habían asegurado que esta escena era una nueva fábula; Bourrienne confirma su dicho:

«Las camas de los *apestados*—dice el secretario de Napoleón—estaban a la derecha entrando en la primera sala. Iba yo al lado del general, y afirmo que no le vi tocar a ninguno de ellos. Cruzó apresuradamente por las salas, golpeando ligeramente las vueltas amarillas de sus botas con el látigo que llevaba en la mano, y decía estas palabras, marchando a grandes pasos: «Es necesario volver a Egipto, para librarle de los enemigos que van a llegar.»

En el parte oficial del mayor general, de 29 de mayo, no se dice una palabra de los *apestados* ni de la visita al hospital.

¿Qué es, pues, el interesante cuadro de Gros? Una obra maestra de arte, y nada más.

Bonaparte sitió a San Juan de Acre.

Se vertió sangre en Caná, que fué testigo de la curación del hijo del Centurión, obrada por Cristo: en Nazareth, que abrigó la pacífica infancia del Salvador: en el Tabor, que presenció la transfiguración, y que escuchó la palabra de Pedro: «Señor, bien estamos en esta montaña; levátemos aquí tiendas.» En el monte Tabor fué extendida la orden del día para las tropas que ocupaban a *Sur, la antigua Tiro, Cesárea, las cataratas del Nilo, las avenidas pelusinas, Alejandria, y las orillas del Mar Rojo*, donde están las ruinas de *Kolsun* y de *Arsinoe*. Muy alegremente sonaban en los oídos de Napoleón estos nombres, que se complacía en repetir a menudo.

En aquel lugar de los milagros, Kléber y Murat renovaron los laureles de Tancredo y de Renaud; dispersaron los pueblos de la Siria; se apoderaron del bajá de Damasco; dirigieron una mirada sobre el Jordán, sobre el mar de Galilea, y se posesionaron de Scafet, la antigua Betulia. Bonaparte hace notar que los habitantes señalan el sitio donde Judith mató a Holofernes.

Los habitantes árabes de la montaña de la Judea me hicieron conocer tradiciones más verdaderas, cuando me gritaban en francés: *En avant, marche!* (¡Marchen!) En *Los Mártires* dejo dicho que «estos mismos desiertos vieron pasar los ejércitos de Sesostris, de Cambises, de Alejandro y de César. ¡Siglos futuros! Vosotros conduciréis aún allí ejércitos no menos numerosos, y guerreros tan célebres como aquéllos.»

Después de haberme guiado por las huellas recientes aun de Napoleón en Oriente, he vuelto después a aquel país, cuando ya no existía.

San Juan de Acre estaba defendido por Djezzar, *el Carnicero*. Le había escrito Bonaparte desde Jaffa el 9 de marzo de 1799: «Desde nuestra entrada en Egipto os he manifestado muchas veces que no tenía intención de declararos la guerra, y que mi único objeto era expulsar a los mamelucos... Dentro de pocos días marcharé hacia esa plaza. ¿Qué motivos había yo de tener para quitar algunos años de vida a un anciano que no conozco? ¿Qué son unas cuantas leguas más al lado de los países que he conquistado?»

Djezzar no se dejó engañar con estas frases halagüeñas; el viejo tigre desconfiaba de las uñas de su joven compañero. Vivía rodeado de criados mutilados por

su propia mano. «Dicen que Djezzar es un turco cruel, decía hablando de sí mismo (*relato del general Sebastiani*) y un hombre de poco más o menos; pero, no obstante, yo no he menester de nadie, y soy buscado. Nací pobre; mi padre no nos dejó más herencia que su valor; me he levantado a fuerza de trabajo, y esto no me envanece, porque todo tiene fin, y hoy o mañana, tal vez concluirá también Djezzar, no porque sea viejo, como dicen sus enemigos, sino porque Dios lo haya dispuesto de ese modo; el rey de Francia, que era un rey muy poderoso, ha perecido. Nabucodonosor fué muerto por un moscardón, etc.»

Al cabo de sesenta y un días de atrinchamientos, se vió obligado Bonaparte a levantar el sitio de San Juan de Acre. Nuestros soldados, saliendo de sus barracas de tierra, se apoderaban de las balas del enemigo, que nuestros cañones les devolvían. Obligadas nuestras tropas a defenderse contra la ciudad y contra los buques ingleses, dieron nueve asaltos, y subieron cinco veces sobre las fortificaciones enemigas. Había en San Juan de Acre una torre llamada *maldita*, de la época de las cruzadas. Esta torre había sido sin duda reemplazada por la gran torre que destruyó Napoleón. Nuestros soldados penetraron en las calles, donde se batieron cuerpo a cuerpo durante la noche. El general Lannes recibió una herida en la cabeza, y Colbert otra en el muslo; se contaron entre los muertos a Boyer, Venoux y al general Bon, que había sido el encargado de la ejecución de los prisioneros de Jaffa. Kléber decía, hablando de aquel sitio: «Los turcos se defienden como los cristianos, los franceses atacan igual que los turcos.» Crítica de un soldado que no era afecto a Napoleón. Bonaparte se retiró proclamando que había arrasado el palacio de Djezzar, y bombardeado la ciudad hasta el extremo de no dejar piedra sobre piedra; que Djezzar se había retirado a uno de los fuertes de la costa con sus tropas; que estaba gravemente herido, y que las fragatas mandadas por Napoleón se habían apoderado de treinta embarcaciones sirias cargadas de soldados.

Sir Sidney Smith y Phélippeaux, oficial de artillería emigrado, auxiliaban a Djezzar; el uno había estado prisionero en el Temple, el otro había sido compañero de estudios de Napoleón.

En otra época pereció delante de San



Juan de Acre la flor de la caballería a las órdenes de Felipe Augusto. Mi compatriota Guillermo *el Bretón*, canta así en versos latinos del siglo XII: «Difícilmente se encontraba un sitio en todo el reino donde no hubiese alguna persona que tuviese motivos para llorar; tan grande fué el desastre que precipitó en la tumba a nuestros héroes cuando fueron heridos de muerte en la ciudad de Ascaron.» (Ascalon, ciudad próxima a San Juan de Acre.)

Bonaparte era un mago excelente, pero no tenía suficiente poder para transformar al general Bon, muerto en Tolemaida, en Raul, señor de Coucy, que, al expirar al pie de los muros de esta ciudad, escribió a la señora de Fayel; *muerto por amar lealmente a su amiga.*

Napoleón hubiera hecho muy mal despreciando la canción de los *Canteors*, cuando se complacía en San Juan de Acre en muchas otras fábulas. En los últimos días de su vida, bajo un cielo que no veíamos, se entretenía en divulgar lo que meditaba en Siria, si es que no ha inventado el proyecto después de pasados los hechos, construyendo con un pasado verdadero el porvenir fabuloso que quería hacer creer. «Dueño de Tolemaida—nos dicen las revelaciones de Santa Elena—, Napoleón fundaba un imperio en el Oriente, y Francia quedaba para otros destinos. Marcharía a Damasco y a Alepo sobre el Eúfrates. Los cristianos de Siria y aun los de Armenia le habrían prestado auxilio. Los pueblos iban a cambiar de faz. Los restos de los mamelucos, los árabes del desierto de Africa, los drusos del Líbano y los mutualis o mahometanos oprimidos de la secta de Alí se habían de unir al ejército que era dueño de Siria, y la conmoción se comunicaría a toda la Arabia. Las provincias del imperio otomano, que hablan el árabe, desearían un cambio completo en su modo de ser, y recibirían con los brazos abiertos al hijo de la guerra; él podría encontrarse sobre el Eúfrates a mediados del verano con cien mil soldados auxiliares, y una reserva de veinticinco mil franceses que hubiera hecho venir sucesivamente de Egipto. Había llegado a Constantinopla y a las Indias, y cambiado la faz del mundo.

El sitio de San Juan de Acre fué levantado el 20 de mayo de 1799. Napoleón, habiendo llegado a Jaffa, se vió obligado a continuar su retirada. Tenía en su ejército treinta o cuarenta personas atacadas de la peste, cantidad que

Napoleón redujo a siete, que no podían ser transportados; no queriendo abandonarlos, por temor, según decía, de dejarlos expuestos a la crueldad de los turcos, propuso a Desgenettes que les administrase una gran dosis de opio. Desgenettes le dió esta respuesta tan conocida: «Mi misión es la de curar a los hombres, y no la de matarlos.» «No se les administró opio—dice el señor Thiers—, pero esto sirvió para propagar una calumnia indigna y destruída hoy día.»

¿Es esto una calumnia? ¿Está destruída por ventura? Esto es lo que no podría yo afirmar tan rotundamente como lo hace el brillante historiador; su raciocinio equivale a decir: «Bonaparte no envenenó a los individuos atacados de la peste, supuesto que propuso envenenarlos.»

Desgenettes, hijo de una pobre familia de nobles normandos, es aún un objeto de veneración para los árabes de la Siria, y Wilson dice que su nombre debería escribirse con caracteres de oro.

Bourrienne ocupa diez páginas en sostener el envenenamiento contra los que lo niegan. «No podré decir que les viera administrar el opio, dice, porque mentiría; pero lo que sí puedo asegurar es que se tomó esta determinación, y que se tomó después de un detenido examen; que la orden fué dada, y que los enfermos murieron. ¿Por ventura, una cosa de que se ocupó todo el cuartel general al siguiente día de la salida de Jaffa, como de un hecho innegable; una cosa de que hablamos todos como de una lamentable desgracia, sería una indigna calumnia, inventada para atacar la reputación de un héroe?»

Bonaparte no abandonó jamás ninguna de sus faltas; como un tierno padre, prefiere entre sus hijos a aquel que es más desgraciado. El ejército francés no fué tan indulgente como los historiadores apologistas; creyó en la ejecución del envenenamiento, no perpetrado solamente en un puñado de enfermos, sino en muchos centenares de hombres. Roberto Wilson, en su *Historia de la expedición de los ingleses en Egipto*, fué el primero en presentar su acusación; afirma que esta acusación se halla apoyada por la opinión de los oficiales franceses hechos prisioneros por los ingleses en Siria. Napoleón lo desmiente, y aquél contestó que habla dicho la verdad. Wilson es el mismo mayor general que fué comisario de la Gran Bretaña en el ejército ruso, du-

rante la retirada de Moscou, y el que tuvo la felicidad de contribuir después a la evasión del señor de Lavallette. Organizó un cuerpo de ejército contra la legitimidad, durante la guerra de España de 1823; defendió a Bilbao y envió al señor de Villele, su cuñado, señor Desbassins, con el encargo de esperar en el puerto. Las palabras de Wilson tienen un gran peso bajo muchos aspectos. La mayor parte de las historias de aquella época están conformes en la acción del envenenamiento: el conde de Las Cases confiesa que era una cosa creída por el ejército. Bonaparte, que se hizo más sincero en su cautiverio, ha dicho al señor Warnen y al doctor O'Meara que si él hubiera estado en el caso en que se encontraban los tales enfermos, hubiera buscado por sí en el opio el olvido de sus desgracias, y que hubiera hecho administrar el veneno a su propio hijo. Wálter Scott reúne cuanto se ha dicho sobre esto; pero impugna que fuesen muchos los enfermos, diciendo que el envenenamiento no hubiera podido ejecutarse con buen resultado en muchas personas; añade que sir Sidney encontró en el hospital de Jaffa los siete franceses citados por Napoleón. Wálter Scott observa la mayor imparcialidad: defiende a Napoleón, como hubiera defendido a Alejandro contra las acusaciones con que se pretendiera empañar su memoria.

Esta es realmente la primera vez que hablo de Wálter Scott como historiador de Bonaparte, y no será la última: debo decir aquí que se han equivocado grandemente los que acusan al ilustre escocés de prevención contra un gran hombre. La vida de Napoleón (*Life of Napoleon*) tiene nada menos que once tomos. No ha tenido la aceptación que era de esperar, porque, excepto en dos o tres ocasiones, la imaginación del autor de tantas obras brillantes le ha abandonado: se le ve deslumbrado por los sucesos fabulosos que está refiriendo, y como abrumado con las maravillas de aquella gloria. La vida entera carece también de esos grandes puntos de vista que los ingleses presentan rara vez en la historia, puesto que no comprenden ésta como nosotros. Por lo demás, esta vida es exacta, salvando algunos errores de cronología: toda la parte que trata de la detención de Napoleón en Santa Elena es magnífica; los ingleses se hallaban en mejor posición que nosotros para conocer esta parte. Al narrar aquella época de su

vida tan prodigiosa, el novelista se encuentra dominado por la verdad. La razón prevalece en el trabajo de Wálter Scott, y se halla siempre en guardia contra sí mismo. La rectitud de sus juicios es tal, que llega a degenerar en apología. El historiador lleva su condescendencia hasta el punto de admitir las excusas sofisticas de Bonaparte, que no son admisibles. Es indudable que los que hablan de la obra de Wálter Scott como de un libro escrito bajo la influencia de las ideas de nacionalidad inglesa y de un interés privado, no lo leyeron jamás: en Francia no se lee. Lejos de exagerar lo que pudiera dañar a Napoleón, el autor teme la lucha contra la opinión: sus concesiones son infinitas, y capitula en todos los puntos: si aventura un juicio definitivo, lo reforma en seguida por medio de consideraciones que cree deber a la imparcialidad; no se atreve a habérselas con su héroe, ni a mirarle frente a frente. A pesar de esta especie de pusilanimidad ante la infatuación popular, Wálter Scott ha perdido el mérito de sus condescendencias por haber emitido en su prólogo esta sencilla verdad: «Si el sistema general de Napoleón—dice—ha estado basado sobre la violencia y el fraude, no es ni la grandeza de sus talentos ni el éxito de sus empresas lo que debe acallar la voz o deslumbrar los ojos del que se aventura a presentarse como su historiador.» *If the general system of Napoleon, has rested upon force or fraud, it is neither the greatness of his talents, nor the success of his undertakings, that ought to stifle the voice or dazzle the eyes of him who adventures to be his historian.*

La retirada hecha bajo el sol de Siria fué acompañada de reveses que recuerdan las miserias de nuestros soldados en la retirada de Moscou en medio de las nieblas: «Había aún—dice Miot—en las borrascas y en las orillas del mar algunos desgraciados que aguardaban que los sacasen de allí. Entre ellos se contaba un soldado atacado de la peste, y que en el delirio que acompaña a veces a la agonia, creyó seguramente, viendo partir a las tropas a tambor batiente, que iban a dejarlo abandonado; su imaginación le hizo entrever la extensión de su desgracia si caía en manos de los árabes. Se ha de considerar que este temor fué el que le puso en tal agitación, que le sugirió la idea de seguir a las tropas; tomó su mochila, que le servía de almohada, y



colocándola en sus espaldas, hizo un supremo esfuerzo y se levantó. El virus de la cruel enfermedad que corría por sus venas le quitó aquella fuerza sobrenatural, y a los tres pasos cayó sobre la arena, golpeándose la cabeza. La caída aumentó su espanto, y después de mirar por algunos instantes con ojos extraviados las columnas que se alejaban, se levantó segunda vez, pero no fué más feliz que la primera; a la tercera tentativa sucumbió, y cayendo a la orilla del mar, quedó en el sitio que el destino le señaló para sepultura. El aspecto de aquel soldado era horroroso, el desorden que reinaba en sus palabras incoherentes, su semblante, que expresaba el dolor; sus ojos abiertos y fijos, su uniforme andrajoso, ofrecían el espectáculo más espantoso que puede presentar la muerte. Sus ojos estaban fijos en las tropas que iban marchando, no se le había ocurrido la idea de volver la cabeza hacia otro sitio; hubiera visto entonces la división de Kléber y la de caballería, que salieron de Tentoura después que las otras, y la esperanza de salvarse tal vez le hubiera conservado la vida.»

Cuando nuestros soldados, acostumbrados ya a estas escenas, veían a alguno de sus desgraciados compañeros, siguiéndoles, en el delirio de la fiebre, cayendo, levantándose y volviendo a caer para siempre, solían decir: «Se ha acuar-telado.»

Daré fin a este cuadro con una página de Bourrienne:

«Una sed devoradora, dicen las *Memo-rias*, la carencia absoluta de agua; un calor excesivo, una marcha fatigosa por aquellos arenales abrasadores, desmoralizaron a los hombres, e hicieron suceder a los sentimientos generosos el más cruel egoísmo, y la indiferencia más aflictiva. Yo mismo vi arrojar de las camillas a los oficiales operados de amputaciones, mandados transportar, y que, además, habían entregado su dinero a los encargados de conducirlos para pagarles su trabajo; he visto dejar abandonados en los campos a los operados, a los heridos, a los atacados de la peste, o sospechosos de estarlo. Iban alumbrados en su marcha por hachones destinados a incendiar los pueblos, las barracas, los cercados y las ricas mieses que se encontraban al paso. El país era una inmensa hoguera. Los que tenían orden de presidir aquellos desastres parecía que al esparcir la de-

solación por aquellos sitios, deseaban vengar los reveses y encontrar un alivio a su furor. Nos hallábamos rodeados de moribundos, de rateros y de incendiarios. Los desgraciados, abandonados en medio del camino, exclamaban con una voz moribunda: *Yo no estoy apestado, únicamente estoy herido*, y para convencer a sus compañeros, se les veía volver a abrirse sus heridas o hacerse otras nuevas. Pero nadie les hacía caso, y pasaban diciendo: *Es cosa perdida*. El sol, en todo su esplendor, en aquel hermoso cielo, estaba oscurecido por el humo de tantos incendios. El mar se encontraba a nuestra derecha; a la izquierda, y detrás de nosotros, el desierto que abandonábamos; delante, las privaciones y los trabajos que nos esperaban.»

VUELTA A EGIPTO. — CONQUISTA DEL ALTO EGIPTO. — BATALLA DE ABUKIR. — ESQUELAS Y CARTAS DE NAPOLEÓN. — SU VUELTA A FRANCIA.—EL 18 DE BRUMARIO. —SEGUNDA COALICIÓN. — POSICIÓN DE FRANCIA A LA VUELTA DE BONAPARTE DE LAS CAMPAÑAS DE EGIPTO.

«Partió, llegó y disipó todas las tempestades; su vuelta las ha hecho reaparecer en el desierto.» De esta manera cantaba y se alababa el vencedor rechazado al volver al Cairo; en sus himnos era el conquistador del mundo.

Durante su ausencia, Desaix había concluido de someter el Alto Egipto: subiendo el Nilo se contemplan las ruinas engrandecidas por el lenguaje de Bossuet: «Se han descubierto—dice el autor de la *Historia Universal*—templos y palacios casi enteros en el Saide, en los que hay innumerables columnas y estatuas. Es digno de admiración, sobre todo, un palacio cuyos restos parecen haber sido conservados para eclipsar la gloria de los más grandes monumentos. Cuatro calles de árboles que se pierden de vista y que a uno y otro extremo tienen dos esfinges fabricadas de una materia tan rara como son ellas admirables por su tamaño, desembocan en cuatro pórticos, cuya elevación sorprende a la vista. ¡Qué magnificencia y qué grandiosidad! Los que nos han descrito aquel maravilloso edificio no han tenido ni el tiempo suficiente para dar la vuelta alrededor, y no pueden haber visto ni aun la mitad de él; pero lo que han podido ver era allí sorprendente. Hay un salón que

parece que era el punto céntrico del palacio, con ciento veinte columnas del grueso de seis brazas, y de proporcionada altura, intermedias de obeliscos que no han podido derribar tantos siglos. Los colores mismos, que el poder del tiempo tanto deteriora, se presentan aún en aquel admirable edificio con toda su viveza; ¡de tal manera sabía el Egipto imprimir el carácter de inmortalidad a todas sus obras! Hoy, que el nombre de Luis XIV recorre los más desconocidos lugares de la tierra, ¿no sería un objeto digno de la más noble curiosidad descubrir las bellezas que encierra la Tebaida en sus desiertos? ¿Qué de objetos dignos de admiración no se hallarían si se pudiese penetrar en la ciudad real, cuando tan lejos de ella se descubren tales maravillas? El poder romano, no pudiendo igualar a los egipcios, creyó hacer lo suficiente para su grandeza con tomar los monumentos de los reyes de estos últimos.»

Bonaparte se encargó de poner por obra los consejos que Bossuet daba a Luis XIV. «Tebas — dice el señor Denon, que seguía a Desaix en su expedición—, esa ciudad tradicional que la imaginación entrevé al través de la obscuridad de los siglos, era entonces un fantasma tan gigantesco, que a su vista se detuvo el ejército y prorrumió en gritos de admiración. En medio del entusiasmo de los soldados, encontré rodillas que me levantarán en alto y cuerpos que me dieran sombra... Llegados a las cataratas del Nilo, nuestros soldados, sin dejar de luchar contra los beys, y fatigados como estaban, se ocuparon en poner talleres de sastré, de platería, barberías y otros oficios. Bajo una calle de árboles levantaron una columna miliaria con la siguiente inscripción: *Camino de París*... Volviendo a bajar el Nilo, el ejército tuvo bastantes encuentros con los habitantes de la Meca: incendiábanse los puestos de los árabes, quienes, faltos de agua, apagaban el fuego con los pies, con las manos y con todo su cuerpo. Negros y desnudos—continúa el señor Denon—, se les veía correr al través de las llamas; aquella era la imagen de los diablos en el infierno. No los podía mirar sin experimentar un sentimiento de horror y de admiración. Había momentos de silencio en los que se dejaba oír una voz, que era contestada por himnos sagrados y por los gritos de combate.»

MEMORIAS 20.—TOMO I

Los árabes cantaban y bailaban como los soldados y los frailes españoles en el incendio de Zaragoza. Los rusos incendiaron Moscou: la especie de sublime demencia que agitaba a Napoleón la transmitía a todas sus víctimas.

De vuelta al Cairo, escribía Napoleón al general Dugua: «Ciudadano general: haréis cortar la cabeza a Abdalla-Aga, antiguo gobernador de Jaffa. Pues, según lo que me han dicho los habitantes de Siria, es un monstruo, de cuya presencia es necesario librar a la tierra... Mandaréis fusilar a los llamados Hassan, Joussef, Ibraim, Saleh, Mahamet, Bekir, Hadj-Saleh, Mustafá, Mahamed y a todos los mamelucos.» Napoleón dió muchas órdenes por el estilo contra los egipcios, que *hablaron mal de los franceses*: tal era el aprecio que hacía de las leyes. El derecho de guerra, ¿permitía, acaso, sacrificar tantas víctimas, por la simple orden de un jefe: *haréis fusilar*? Al mismo tiempo escribía al sultán de Darfour: «Deseo que me envíes dos mil esclavos varones mayores de diez y seis años.» Bonaparte gustaba de esclavos.

Desembarcó en Abukir una flota otomana de cien velas, y conducía un ejército: Murat, apoyado por el general Lannes, lo arrojó al mar, y Napoleón dió parte al Directorio de aquella nueva victoria: la ribera, cuyas aguas han arrastrado en el año pasado cadáveres de ingleses y franceses, está hoy cubierta con los de nuestros enemigos. Es imposible no sentirse fatigado al andar sobre estos montones de victorias, lo mismo que al pisar las abrasadoras arenas de aquellos desiertos.

Próximo a abandonar la tierra antigua donde el hombre exclamaba al expirar: «¡Poderes que dispensáis la vida a los humanos, recibidme y concededme un lugar entre los dioses inmortales!» Napoleón no piensa nunca en otra cosa que en su porvenir en la tierra; hace notificar su marcha por el mar Rojo a los gobernadores de la isla de Francia y de la isla de Borbón; envía sus salutations al sultán de Marruecos y al bey de Trípoli, dándoles parte de sus buenos oficios para con las caravanas y los peregrinos de la Meca; Bonaparte procura, al mismo tiempo, hacer desistir al gran visir de la invasión proyectada por la Puerta, asegurando que está tan dispuesto a vencerlo todo como a entrar en negociaciones.